

Hugo Eduardo Herrera, *La derecha en la Crisis del Bicentenario*
(Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014).

RESEÑA

DE LA CRISIS AL FUTURO

Max Colodro

Universidad Adolfo Ibáñez

www.cepchile.cl

Una búsqueda de las claves que permiten explicar el actual deterioro político y cultural de la derecha chilena: ése es, de algún modo, el hilo conductor de la investigación plasmada en este libro por el jurista y doctor en filosofía, Hugo Eduardo Herrera. Un esfuerzo serio y ordenado, cuyo fin explícito es generar un marco conceptual que entregue luz sobre las causas de un fenómeno singular, pero que no puede ser tratado al margen de los rasgos generales del proceso político vivido por Chile en las últimas décadas.

La derecha logró llegar al gobierno por vía democrática el año 2010 luego de dos décadas de continuidad de la centroizquierda en el poder, pero, tras un solo período, sufrió una derrota de proporciones en las parlamentarias y presidenciales siguientes. Un capítulo que vino a confirmar la compleja y esquivada relación que dicho sector ha tenido desde hace tiempo con el poder político que emana de las mayorías electorales. Hoy, sin embargo, su encrucijada pareciera ser más íntima, una dificultad endémica para conectarse con las coordenadas culturales y el sentido común de los nuevos tiempos.

Frente a esta realidad, el diagnóstico de Hugo Eduardo Herrera es duro y crudo: “La derecha chilena se encuentra en una crisis grave, una crisis intelectual. Ella carece de un discurso que dé orientación al

MAX COLODRO. Sociólogo y doctor en filosofía. Director de magíster en comunicación política de la Universidad Adolfo Ibáñez. Analista político en el diario *La Tercera*. Email: max.colodro@gmail.com

momento presente. Se ha quedado atrapada en el relato que formuló para la época de la Guerra Fría. Ese relato combina una concepción individualista del derecho de propiedad, la idea de subsidiariedad entendida en su acepción negativa y —aunque esto se ha ido reformando— democracia protegida”.¹ Y concluye: “Mientras no se tome conciencia de la necesidad de un cambio de envergadura en la derecha, que importe contar con un pensamiento más sofisticado y pertinente que el actual, más abierto a la realidad y con mayor densidad teórica, ella no logrará recuperar ni su incidencia efectiva en la discusión política más de fondo, ni la predominancia en estructuras legítimas de poder, ni la adhesión popular” (DCB, 12).

El planteamiento es sin duda certero, pero en varias de sus dimensiones éste no sólo compromete a la derecha, sino también a buena parte de la centroizquierda. En efecto, no sólo la derecha vive aún y en buena medida bajo las coordenadas ideológicas de la Guerra Fría; también un segmento relevante del discurso que sus adversarios mantienen vigente es la reminiscencia viva de un orden bipolar ya inexistente, fundado en la lógica de una confrontación que Chile vivió precisamente en los años en que la Guerra Fría hizo de América Latina un espacio geopolítico en disputa. Del mismo modo, no es privativa de la derecha la carencia de “un pensamiento más sofisticado y pertinente que el actual”, o la escasa apertura a la realidad y la débil densidad teórica de sus postulados. Dichas consideraciones también trascienden a ese sector y explican mucho del deterioro transversal y sistémico que hoy exhibe la política chilena.

Con todo, la aproximación que Herrera realiza a la actual crisis de la derecha parte haciendo referencia a un contexto que destaca esa dimensión sistémica y transversal del momento histórico. Ese contexto es el que se asocia al denominado “nuevo ciclo”, marco que de alguna manera se ha convertido en el último tiempo en el trasfondo explícito para intentar explicar la naturaleza del proceso político de los últimos años. Ése será, entonces, el escenario que dará los contornos al análisis propuesto por el autor.

¹ Hugo Eduardo Herrera, *La derecha en la Crisis del Bicentenario* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014), 11 (de aquí en adelante referido como DCB).

RASGOS DEL “NUEVO CICLO”

Siguiendo una formulación del historiador Francisco Antonio Encina, en el texto se plantea que la mecánica del cambio de ciclo “emana de un desajuste entre pueblo e institucionalidad, [...] un desajuste notorio entre el pueblo, sus ideas, sentimientos y creencias, de un lado, y las reglas y modos de trato, los límites y campos de acción, los órdenes a los que se halla sujeto, de otro” (DCB, 24). En los hechos, un “cambio de ciclo” como el que Chile experimenta en la actualidad estaría determinado por una asimetría entre el pueblo y sus instituciones, que debilita la cohesión social y donde “las prácticas y los criterios que regían la convivencia son problematizados; los individuos están en ebullición, la sociedad se desordena, se vuelve excepcional; el orden jurídico y político se deslegitima” (DCB, 24).

El análisis que sigue aquí Herrera refuerza la idea de que el “cambio de ciclo” no es algo que de manera preponderante o asimétrica esté afectando a la derecha, sino que, al contrario, es un proceso donde es el conjunto de la sociedad el que se desordena y se vuelve excepcional, donde el orden jurídico y político se deslegitima y lo hace para todos, derecha e izquierda por igual. Y marcando la dimensión histórica de este proceso, se afirma que parte importante del actual desajuste es “consecuencia de los cambios y avances económicos, sociales y culturales que ha experimentado Chile en los pasados treinta años y que han influido en la aparición de nuevos tipos de ciudadanos, con nuevas clases de aspiraciones y anhelos, que no logran ya identificarse con las ideas y sentimientos de antes” (DCB, 26).

El autor reconoce no obstante que el término “cambio de ciclo” es problemático, sobre todo porque las tendencias que lo definen no se han convertido aún en *organización* y, también, debido a que su sentido no es necesariamente unívoco, ya que la centroizquierda y la derecha efectúan un uso distinto de él. En los hechos, buena parte de las tensiones y disputas políticas de los últimos años atraviesan por el eje de dicha formulación, donde “la centroizquierda se ha inclinado a usarla en una forma acotada, como herramienta de interpretación de su propio proceso de pérdida y recuperación del poder, cuando no como aparato de subsunción de la realidad política y social. La derecha, de su lado, ha empleado la expresión sin saber realmente a qué se refiere, pues no ha inquirido con seriedad en los alcances de los respectivos ciclos, y se

tambalea entre el mutismo ante las discusiones más teóricas y el activismo” (DCB, 29).

Constatando ya que una de las claves para entender la especificidad de la crisis de la derecha podría estar radicada en las diferencias para situarse y explicar el denominado “cambio de ciclo”, se vislumbra un fenómeno quizás todavía más profundo que el referido a la mera adaptación a este proceso en particular. La derecha chilena tiene y ha tenido desde antaño un problema para entender y adaptarse al cambio social en general. Su dificultad constitutiva es y ha sido estar culturalmente atada a una noción de “orden” que los procesos de cambio propios de la sociedad moderna han debilitado de manera estructural. No es que la derecha no entienda *sólo o preferentemente* los cambios que en la actualidad se enmarcan en el llamado “cambio de ciclo” político; es más bien que no logra integrar en su *ethos* la naturaleza ontológicamente dinámica de la modernidad. Vive, por tanto, anclada en un imaginario de orden sacralizado, al que siempre ve expuesto a los riesgos de una potencial desestabilización.

Los elementos que Herrera atribuye al “nuevo ciclo” son, ciertamente, los vectores de la transformación social, económica y cultural que Chile ha experimentado en las últimas décadas. La disminución del miedo que ha vivido el país desde el término del régimen militar y a medida que han mejorado los niveles de vida. Junto con ello, el debilitamiento de los ejes que definieron la división política del país, es decir, el que los referentes históricos que marcaron a fuego a la sociedad chilena por casi medio siglo estén abandonando la escena, y permitiendo que ahora se pueda “debatir directamente sobre el tipo de política, de economía y de sociedad que se desea conformar, sin tener que preguntarse antes si acaso responde a los criterios de la división Allende-Pinochet” (DCB, 33).

Es cierto: muchas de las rigideces y fijaciones ideológicas que consumieron al país desde principios de los sesenta y hasta bien entrados los noventa se han debilitado sustantivamente, en especial, para las generaciones que han nacido y crecido en democracia. Pero también es innegable que aún existe un sustrato de rencor y revanchismo en diversos segmentos sociales y políticos, algo que se hizo particularmente visible cuando en 2010 la centroizquierda perdió el gobierno y después de veinte años fue obligada por una mayoría democrática a instalarse en

la oposición. La dificultad de sectores de izquierda para reconocer la legitimidad de la alternancia y el encono que sufrió el primer gobierno de derecha mostró que todavía falta bastante para poder “debatir directamente sobre el tipo de política, de economía y de sociedad que se desea conformar” en base a un reconocimiento del adversario como un otro legítimo. En efecto, el quiebre político y cultural vivido por Chile desde comienzos de los años sesenta fue tan profundo que sus secuelas siguen resonando en las tensiones y divisiones del presente. De algún modo, para un sector de la derecha la izquierda todavía representa una amenaza relativa al orden económico, a la estabilidad política y a la identidad nacional. El origen de ese temor hunde sus raíces en las divisiones ideológicas del siglo XX, pero, sobre todo, en el proceso de reformas estructurales que se inician en Chile a partir de la década de los sesenta y se profundizan con el triunfo de Salvador Allende en 1970. Fue ese temor el que queda institucionalmente plasmado en la Constitución de 1980, en el imaginario de la “democracia protegida”, en la paranoia del “enemigo interno” y en el imperativo de unas fuerzas armadas que deben ejercer como “garantes de la institucionalidad”.

Paralelamente, en segmentos relevantes de la izquierda chilena se sigue viendo a la derecha únicamente como representante de intereses de clase minoritarios, expresión de una elite económica que posee escasas convicciones democráticas y que sólo puede acceder democráticamente al poder si algún mecanismo de representación política y social ha sido “distorsionado” en base a un enclave autoritario de carácter institucional o algún poder fáctico ilegítimo.

Por otra parte, es innegable que el nuevo ciclo que desde hace unos años enfrenta el país no es un fenómeno exclusivamente político, y que la alternancia en el poder no ha sido la única ni la principal forma de cambio vivida recientemente. En las dos últimas décadas la distribución más equitativa del conocimiento y la información han representado también una vía para diversificar el poder social. En este ámbito, Herrera destaca el enorme alcance que la educación universitaria y técnico-profesional han adquirido en el Chile actual. En paralelo, las nuevas tecnologías y los medios de comunicación digitales han cambiado los patrones de aprendizaje, generando dinámicas inéditas de transformación social y cultural.

Otro rasgo que sin duda aporta singularidad histórica al nuevo ciclo es la convergencia entre una economía crecientemente oligopólica, con baja productividad y escaso compromiso social. En Chile se ha configurado un cuadro de intensa concentración del poder económico, que facilita la colusión, la negociación incompatible y el abuso de posiciones dominantes, afectando la eficiencia sectorial y generando claros perjuicios a empleados y consumidores. Estas distorsiones derivan, al final, en grados importantes de desafección ciudadana hacia el sistema económico, donde el malestar vinculado a la desigualdad tiene un correlato en la pérdida de legitimidad de la clase política, dimensiones que en conjunto exponen una creciente distancia entre las grandes mayorías y una elite de rasgos cada día más oligárquicos. A ello se suma también un centralismo crónico, que refuerza las asimetrías económicas y políticas, haciendo que la desigualdad adquiera una dimensión propiamente territorial.

En síntesis, este conjunto de realidades complejas hace que las tensiones y los debates actuales se muevan hacia temas de orden cada vez más estructural y, de algún modo, *refundacional*, con una carga simbólica que hace difícil su procesamiento por las instituciones tradicionales. Según Herrera, en la actualidad “las demandas sociales, políticas y económicas se han incrementado a un nivel en el que la capacidad del país está sobrepasada. Ocurre algo parecido a lo que describe Francisco Antonio Encina que sucedía hace justo un siglo, en el otro ciclo: hay ‘una especie de desequilibrio agudo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas’. Se podría establecer con cierta facilidad una analogía entre la llamada ‘crisis moral’ del Centenario y la situación actual, en algunas de sus causas particulares, que a veces no son muy distintas” (DCB, 45).

LA COMPRENSIÓN POLÍTICA DEL PRESENTE

Concluida la caracterización general del “nuevo ciclo”, el autor se adentra en un tipo de análisis más específico, en torno a ciertos rasgos que conjugan lo que él denomina una *comprensión propiamente política* del estadio emergente. Esta estructura comprensiva buscaría profundizar en “una situación que es infinitamente *singular*, única, irrepetible, diversa, excepcional, que incluye la alteridad de los otros seres huma-

nos que existen en ella. Esa comprensión se realiza, empero, de acuerdo a unas reglas y conceptos *generales* a partir de los cuales se pretende hacer luz en el caso o situación y organizarlo. La generalidad de la regla se encuentra en tensión con la particularidad del caso” (DCB, 51).

De algún modo, esta comprensión política se ubicaría en un espacio de tensión entre dos actitudes polares. Por un lado, la reducción de la singularidad propia de una situación específica, actitud que inevitablemente violenta el carácter particular de cada caso concreto, privilegiando el uso de un esquema general y preconcebido. En los hechos, ésta es la posición del político que vive prisionero y absorto en su ideología, al que no le interesa detenerse a reparar en las especificidades de una situación y responder a ella con apertura intelectual. Del otro lado, se perfila la contemplación pasiva que es propia de la actitud vacilante, un humor que tiende a recaer en la valoración puramente estética de los acontecimientos, que se paraliza ante sus dificultades inherentes y que, al final, no es capaz de responder a ellas con la voluntad que alimenta una decisión efectiva.

Entre dichos extremos, la comprensión política conjugará más bien la necesidad de adoptar una decisión y de responder a las circunstancias valorando sus singularidades. Es una exigencia que se ha vuelto particularmente apremiante en las actuales coordenadas, cuando los actores del sistema político se ven conminados por los desafíos de una nueva etapa. En opinión de Herrera, “el mutismo de la derecha en las discusiones teóricamente más exigentes, su especie de parálisis contemplativa frente al abismo, generada por una situación post Guerra Fría para la que carece de un aparato conceptual denso y sofisticado, viene a ser el correlato de una izquierda que, con un discurso ciertamente dotado de mayor complejidad, se apresura a hablar hegemónicamente, a copar las discusiones más de fondo en el espacio público, a pensar la noción de cambio de ciclo de manera autorreferente, cuando no para interpretar la realidad como si sus puntos de vista fuesen ciencia” (DCB, 56).

Es verdad: todos estos rasgos describen una realidad del momento político actualmente en desarrollo, pero también dejan aspectos sin explicar. Mucho del “mutismo” y la “carencia de discurso” de la derecha en el presente se debe a un complejo ético que se arrastra desde el régimen militar y que, por falta de una adecuada y profunda autocrítica respecto de su responsabilidad en las violaciones a los derechos humanos,

www.cepchile.cl

hoy tiende a inhibir las convicciones con que la derecha hace sus planteamientos. El sector no ha sido aún capaz de construir un juicio histórico respecto de su rol en la dictadura y ello tiene un peso relevante a la hora de generar una alternativa política con identidad propia. Del mismo modo, la resistencia cultural al cambio y los atavismos de clase de su elite dirigente han limitado severamente sus posibilidades de conexión con un mundo social más complejo y diverso. Si la izquierda puede “hablar hegemónicamente” se debe, justamente, a que los traumas históricos de la derecha le han impedido dejar atrás su debilidad política, lo que imposibilita que este sector pueda mirar sin ambivalencias el alcance que sus ideas tienen hoy en Chile y en el mundo. Su complejo de “minoría crónica” es asimismo un correlato que esconde un subsuelo ético, asociado a la dificultad para desprenderse de sus vínculos fácticos con el empresariado y a la eventual ilegitimidad que ello supone para la formulación de un proyecto verdaderamente nacional. En definitiva, la perspectiva de Hugo Eduardo Herrera parece no hacerse cargo del complejo político-cultural que fue consolidándose en la derecha a lo largo de muchas décadas, y del cual no logra todavía desatarse debido a su dificultad para reconocerlo como tal, menos aún puede abordarlo en una perspectiva de real superación.

Cuando Herrera dice: “Los hegemónicos actúan a menudo como si sus argumentos fueran lo obvio, lo indudable, lo evidente” (DCB, 57-58), la pregunta relevante que sigue es de dónde extrae la izquierda los recursos de legitimación para hacer eso posible; y, en paralelo, por qué la derecha termina aceptando la validez de esos recursos, no sintiéndose por tanto capaz de generar dispositivos conceptuales alternativos de valor al menos equivalente. Estas interrogantes, en el fondo, sólo pueden abordarse en función del entramado histórico al cual remiten; es decir, en función de un contexto ya relativamente lejano pero que sigue presente en la medida en que los actores políticos continúan respondiendo a sus anclajes culturales y a sus atavismos ideológicos. En última instancia, “la ausencia de una articulación de ideas” que, según el autor, ha conducido a la derecha chilena “al énfasis reduccionista de los últimos años y al mutismo en las discusiones más de fondo” (DCB, 65) no puede analizarse sin hacer referencia a los procesos históricos en los cuales dichos rasgos se encuentran insertos.

Las actuales debilidades discursivas de la derecha tienen asimismo alcance en la pérdida de presencia en las estructuras legítimas de poder.

El peso que hasta fines de los setenta tuvieron académicos e intelectuales del sector fue, según el autor, debilitándose en la década siguiente, cuando un amplio contingente de pensadores de izquierda comenzó a retornar del exilio y a inclinar decisivamente la disputa ideológica a favor de su sector. También, la derecha vio debilitada su presencia en los movimientos sindical y estudiantil. Y aunque algunas de sus ideas han mantenido hasta ahora importantes niveles de influencia en los medios de comunicación, el cambio cultural experimentado por la sociedad chilena desde el retorno a la democracia y la constante secularización de los bienes simbólicos han derivado en una progresiva pérdida de sintonía entre el “apego al orden” que sustenta la derecha y la valoración del cambio social que se extiende en vastos sectores de la ciudadanía.

Para Herrera, la escasa presencia de las ideas de derecha en las “estructuras legítimas de poder” debiera ser considerada más bien el efecto y no la causa de esta pérdida de influencia. La razón profunda tendría que buscarse en la “falta de un discurso político” atemperado, en la incapacidad de dicho sector político para construir un diagnóstico preciso sobre los procesos sociales y culturales actualmente en curso. “El mutismo de la derecha evidencia que hasta ahora no ha llevado a palabras (un discurso) la complejidad del fenómeno social y político, que en nuestro tiempo tiene ineludibles implicancias teóricas. A medida que la carga teórica y la complejidad de la situación se profundizan, aumenta correlativamente la dificultad de la derecha de comprender el fenómeno y termina callando” (DCB, 71).

Frente a esta debilidad, la derecha responde en primer lugar con medidas reactivas y contingentes, en un esfuerzo “micropolítico” por contrarrestar los desafíos planteados por sus adversarios. En los debates más doctrinarios, en cambio, el sector tiende a suplir sus debilidades discursivas mediante “un destilado escolástico de ideas que se encuentran en algunos de los textos de (Jaime) Guzmán, como la de libertad, a la que se vincula, sin cuidado suficiente, con la defensa del sistema económico capitalista [...], o la de subsidiariedad, privada de su faz positiva, a la que —nuevamente— se vincula sin cuidado suficiente con la defensa de esa modalidad de capitalismo” (DCB, 72).

Los problemas de legitimidad política de la derecha estarían en definitiva indisolublemente ligados a la precariedad discursiva del sector, un fenómeno del cual la mayoría de sus dirigentes y representantes

parecen no tener conciencia. Si bien en el último tiempo han aparecido libros y artículos que buscan responder a las razones de esta escasa “densidad intelectual” de la derecha, ellos por lo general se quedarían en el afán descriptivo, es decir, en la constatación del fenómeno, más que en el trabajo de indagar y explicar las causas profundas de esta debilidad analítica. Las explicaciones sobre la crisis de la derecha tienden a quedarse al final del día en la superficie, vislumbrando apenas —y en el mejor de los casos, desde la distancia— la profundidad sociocultural que da cuenta de la situación presente.

LA HISTORIA INTELECTUAL DE LA DERECHA CHILENA

Un aspecto que Herrera destaca es precisamente la necesidad de poner hoy la mirada en las tradiciones intelectuales que la derecha ha cultivado a lo largo de la historia. En su opinión, “hubo un tiempo en el que en ese sector había una vinculación estrecha entre acción y pensamiento político, un tiempo en el que la derecha tenía intelectuales y académicos de vanguardia, que participaban en política y los políticos de derecha eran ilustrados por el pensamiento filosófico. La escisión que vivimos en la actualidad es un asunto más bien nuevo” (DCB, 77).

Partiendo de este planteamiento, el autor inicia una revisión amplia y general de los aportes efectuados por diversos intelectuales y pensadores de derecha. En primer lugar, destaca la labor de Francisco Antonio Encina, de quien ya había valorado la “mecánica del cambio de ciclo político”. Del mismo modo, su diagnóstico sobre un supuesto “desequilibrio espiritual” —derivado del carácter eminentemente elitista de la educación científico-humanista en Chile y que impondría importantes grados de frustración y desadaptación en sectores significativos del país— aparece como un factor central a la hora de explicar “nuestra inferioridad económica”. A ello se agregan también las debilidades estructurales del sistema educacional, que no ha sido capaz de incorporar a las grandes mayorías a las urgentes tareas vinculadas con el desarrollo productivo y la manufactura. “El industrialismo, al cual apunta Encina con su proyecto educativo, opera como el ‘esquema’ o intermediario entre las ideas y la realidad, capaz de restablecer la adecuación entre el estadio de desarrollo peculiar del pueblo y su manera específica de organización institucional económica y educacional. Él

viene a ser una nueva disposición o actitud a inculcar por medio de la educación y de cuya realización depende la armonía entre las fuerzas de la nación y los ideales que la conforman” (DCB, 83).

En lo que respecta al aporte de Alberto Edwards al acervo histórico-doctrinario de la derecha, Herrera destaca sobre todo su valoración del orden, de la estabilidad del régimen político y el imperativo de legitimidad basado en un principio espiritual superior. La consecución de estos fines requeriría siempre de una clase dirigente con las cualidades para llevarlos a cabo. Pero en el caso de la elite chilena del siglo XIX y principios del XX, Edwards señala más bien “una notoria ineptitud para apreciar y dirigir los elementos espirituales de la alta política”, una actitud de desdén y desconocimiento de la naturaleza del Estado y la majestad del poder, en el fondo, un marcado desprecio por todo lo que no posee un carácter comercial y mercantil (citado por DCB, 88-89). Esta incapacidad de la oligarquía tradicional para comprender políticamente las singularidades históricas es un elemento en el que coinciden los diagnósticos de Encina y Edwards, algo que de algún modo se proyecta en el análisis del propio Herrera hasta el presente de una derecha que no logra mirar al país más allá del prisma de sus intereses y que, por tanto, resulta incapaz de construir un auténtico proyecto de desarrollo.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, el debate político y económico en Chile se ve fuertemente influido por el contexto universal de la Guerra Fría y el avance en América Latina de las ideologías revolucionarias. En los hechos, la derecha se enfrenta a un escenario de amenaza y resistencia cultural, a la necesidad de dotar de legitimidad a un sistema de dominación crecientemente cuestionado. En tanto, desde comienzos de la década de los cincuenta, la Democracia Cristiana irrumpe con una crítica reformista al orden tradicional, buscando situarse en una posición equidistante de la derecha conservadora y la izquierda revolucionaria.

En ese marco, la obra del historiador Mario Góngora representó un interesante esfuerzo por pensar a la nación chilena como una entidad fundada desde “la matriz del Estado”, cosmovisión que de cierto modo explica su inicial respaldo al régimen militar en 1973. Si bien Mario Góngora tomará más tarde distancia, haciendo una severa crítica al giro neoliberal del proyecto de la Junta de Gobierno, su posición teórica plasmada en su célebre “Ensayo histórico sobre la noción de Estado en

Chile en los siglos XIX y XX” será un referente importante en la discusión sobre la nueva institucionalidad con que debía dotarse al país.

En opinión de Góngora, el Chile anterior al proceso de independencia “carece de una nación plenamente constituida y homogéneamente unificada. Había, es cierto, afecto por lo local y el terruño, pero no ideas y sentimientos lo suficientemente extendidos y asentados como para hablar de una nación. A diferencia de otros países americanos, el nuevo Estado chileno surgido de la independencia no se halló con una nación, sino que es él quien le imprimió la forma nacional al pueblo; fue el Estado el forjador espontáneo, el que generó e inculcó en el elemento popular las ideas y sentimientos, los modos de pensar y sentir que le dieron su manera específica de existir” (citado por DCB, 94).

Para Herrera la obra de Mario Góngora posee elementos de continuidad evidentes respecto a Encina y Edwards, en particular, en lo referente a la influencia de las ideas e instituciones en la conformación de “lo popular-nacional”. La capacidad de comprender y articular esta dimensión básicamente “espiritual” sería lo que distingue a una auténtica elite de una mera oligarquía. En el caso de Chile, esa tarea de configuración nacional la habría realizado el Estado, “que inculcó de manera exitosa las ideas y sentimientos que constituyen la forma de ser nacional, es decir, realizando la comprensión del elemento popular a partir de nociones que resultaron adecuadas a él, que hicieron luz sobre su peculiaridad infinita y produjeron decisiones y acciones plenas de sentido, en las cuales el elemento popular pudo reconocer y alcanzar la forma de una nación” (DCB, 94).

Finalmente, el último gran pensador que Herrera analiza de esta tradición intelectual de la derecha chilena es Jaime Guzmán. Destaca su figura y trayectoria controvertida, afirmando incluso que sus propios partidarios han aportado de manera algo “dañina” a la construcción de un mito que poco tiene que ver con el personaje histórico. La imagen de un doctrinario incólume chocaría en los hechos con la evidencia de un político práctico y pragmático, que no tuvo problemas en cambiar de posiciones en función de los objetivos que consideraba prioritarios en cada circunstancia. De cierta manera, la ductilidad táctica de Guzmán no estuvo basada en un mero oportunismo utilitario, sino que, al contrario, en el imperativo de defender en cada momento aquello que él estimaba fundamental: el carácter irreductible de la libertad de espíritu

y su necesidad de desplegarse en un mundo amenazado por enormes poderes seculares. En opinión de Herrera, ésta es, en definitiva, la gran preocupación que articula su vida y obra.

En resumen, los aportes de éstos y otros autores forman parte de una larga herencia y son, de algún modo, la evidencia histórica de lo que el autor busca sugerir: que la derecha tuvo en el pasado una densidad política e intelectual que le permitió tener y mantener una sólida legitimidad social; en efecto, “la derecha del pasado se desenvolvía con soltura en las estructuras del poder legítimo: la Universidad de Chile, la Iglesia Católica, la administración pública y el Estado, los gremios, hasta las organizaciones obreras. No se encontraba, como hoy, atrincherada en estructuras de legitimidad decreciente, sino desplegada firmemente allí desde donde el país era efectivamente liderado. Podía estar cómodamente en esos lugares porque tenía un discurso a la altura de su tiempo, un discurso político de vanguardia” (DCB, 105).

Este desfase entre acción y discurso sería lo que en la actualidad tiene a la derecha viviendo una severa crisis de posicionamiento y credibilidad. Es cierto, pero también lo es que sus ya mencionados atavismos de clase y los actuales grados de captura por intereses económicos no son efecto de insuficiencias “discursivas”, sino algo bastante más profundo: la expresión de un *ethos* que desde hace bastante tiempo ha impedido generar una mirada integral e integradora del conjunto de la nación. Los problemas de legitimidad que la derecha arrastra de manera endémica no se reducen, entonces, sólo a la incapacidad de “hablar con prestancia allí donde las disputas son existencialmente complejas y teóricamente densas” (DCB, 105). Estos fenómenos, que se han hecho crónicamente visibles en la epidermis retórica del sector, denotan un quiebre identitario y cultural que tiene sus raíces en una profunda desconfianza a dimensiones centrales de la modernidad, entre las que probablemente la más visible en la actualidad sea su aversión a la idea misma del cambio. Si bien es cierto que el régimen militar representó en sí mismo un proyecto de transformaciones profundas en el modelo económico y el sistema institucional que se había ido construyendo desde las primeras décadas del siglo XX, consagró también la excepcionalidad de dicho proceso, al dejar sentado el imperativo de un orden general que en última instancia debía ser preservado incluso con el concurso de fuerzas armadas en su rol de garantes.

De este modo, la dificultad para entender y aceptar que la política en el mundo moderno consiste esencialmente en “administrar transformaciones” y que, desde esa perspectiva, su compulsión por el orden y la estabilidad institucional la exponen a serios riesgos de ilegitimidad es algo que definitivamente no logra procesar con rigor desde su actual núcleo cultural. Los discursos podrían cambiarse, las palabras reprimidas podrían ser traídas hasta la superficie, pero ello será completamente estéril si no va acompañado de una introspección crítica respecto de su rol en los procesos de cambio vividos en el país en las últimas décadas. De cierta manera, es quizás a esto a lo que apunta Herrera cuando afirma que la derecha chilena “no se ha sentido ni se sentirá interpelada en la medida que le corresponde mientras no predomine de una vez en su interior una actitud nueva, de reflexión honesta y coraje comprensivo, para adoptar decisiones profundas y alcanzar el nivel de simple y llana humanidad que nunca debió haber perdido” (DCB, 106).

LA DERECHA FRENTE AL NUEVO CICLO

En base al diagnóstico general que recorre las páginas de este libro, Hugo Eduardo Herrera termina definiendo las claves del posicionamiento de la derecha en el actual momento político. Parte constatando los paralelos que existirían entre la situación presente que vive el país y la crisis del Centenario analizada por Encina. Entre los rasgos comunes de ambas etapas se encontraría “un malestar nacional profundo, una grave diferencia entre exigencias populares y medios de satisfacerlas, un distanciamiento del pueblo respecto de una clase política y económica devenida en oligarquía; un desengaño con el período histórico inmediatamente anterior (el inicio de la ‘República Parlamentaria’ está casi a la misma distancia del Centenario que el retorno a la democracia del Bicentenario); el clamor por una reforma educacional fundamental [...]; la necesidad de impulsar la industria nacional y preparar a los trabajadores para ese desafío” (DCB, 107).

La respuesta que, en opinión de Herrera, debiera dar la derecha al desafío presente que suponen estas tendencias vuelve a estar ubicada en la “recomposición de un tejido discursivo” que pueda dar sustento a la acción política de sus representantes. Los énfasis en la necesidad de superar la “pobreza ideológica” lo llevan a sostener incluso que

es mejor “no hacer” nada, mientras no se logre primero resolver los problemas doctrinarios en los que se sustentaría la crisis del sector. Así, nuevamente para Herrera las carencias se sitúan principalmente a nivel de pensamiento y discurso, como si éstos pudieran modificarse sin una autocomprensión dinámica que precisamente debiera partir por “hacer cosas” distintas. En rigor, la derecha no va a llegar nunca a “ampliar, engrosar, robustecer y volver más complejo y diferenciado su pensamiento” (DCB, 110) si no logra instalarse en “un hacer” nuevo e inédito, que le permita adentrarse en otras realidades socioculturales del mundo contemporáneo, aspecto que sin embargo Herrera no destaca. La idea de que su “primera fuente de pensamiento” se encuentra en su historia intelectual responde de algún modo a la misma lógica: ante las actuales debilidades ideológicas, lo que habría que hacer es ir al pasado a rescatar tradiciones de pensamiento.

Preguntarse en este escenario *qué es la derecha* es algo a lo que no se puede (ni se debe responder) desde el campo de las ideas al margen de las prácticas. Las definiciones intelectuales o doctrinarias ayudan desde una perspectiva analítica, pero no necesariamente política. La izquierda no es diferente a la derecha “sólo” por sus ideas, sino sobre todo porque esas ideas responden a actores sociales y a las prácticas a partir de las cuales esos actores configuran visiones de mundo dinámicas y particulares. Para la izquierda, sus construcciones ideológicas siempre están referidas a los intereses de actores concretos: trabajadores, estudiantes, pobladores, etcétera, y esos intereses están siempre puestos a su vez en una perspectiva de transformación, donde el futuro aparece como una dimensión temporal de quiebre respecto de un pasado que se busca abolir y dejar atrás. De algún modo, el mismo Herrera parece inclinarse a reconocer esta realidad cuando afirma que “es definitivamente difícil hablar de una esencia de la derecha o de la izquierda porque en la política se trata, ante todo, no del pasado, sino del futuro: de lo por venir, *de lo por hacer*, de la decisión que hemos de tomar acerca de cómo vivir colectivamente nuestras vidas” (DCB, 112). Y eso es precisamente lo que a la derecha le cuesta articular y proyectar, tanto discursivamente como a través de sus prácticas políticas.

En definitiva, ubicarse en las coordenadas de un “nuevo ciclo” y lograr dar respuesta a los desafíos políticos que éste plantea no pasa tanto por “reactivar tradiciones ideológicas”, sino que, más bien, por

“reconocer la realidad, la realidad infinita y multiforme, la realidad del pueblo de provincia, de las poblaciones, de los patios pobres; de las trabajadoras y trabajadores bajo la violencia de viajar horas por el ruido y la brusquedad hacia sus tiendas, talleres y oficinas para procurarse un sueldo modesto; de la gran capital hacinada; de las mañanas frías, las noches desamparadas. La realidad de humo y la polución en el aire y las tierras y los mares, la realidad del paisaje sufriente y abandonado” (DCB, 122).

Conocer y reconocer esa realidad no es contemplarla desde la distancia, al abrigo de tradiciones intelectuales o ideológicas; implica, simplemente, vivirla, ser parte de ella y de los desafíos individuales y colectivos que ésta supone. La renovación de las ideas será —al final y más bien— el resultado de estas prácticas y no su principio; el fruto de un modo de conectarse con formas de vida y sentidos comunes inéditos, desde donde las ideas podrán reelaborarse en su dimensión propiamente política. “La derecha necesita esa experiencia” (DCB, 122). Una experiencia donde la propia identidad se construye con el mundo que se gesta a partir de valores e ideales compartidos. *EP*